

nos encarcelan, perderemos el crédito y se dirá que no tenemos vergüenza.

Hubo un prolongado silencio, durante el cual ambos cavilaban con la sabeza caída sobre el pecho.

—¿Y don Teodomiro? preguntó Berta como si se despertase de un sueño.

—Al maestro debe haberle pasado lo mismo que á mí, repuso Sandoval con triste convicción; la ciudad es igual por el Norte que por el Sur: por todas partes ingrata. Yo arduve hacia el Sur y volví tan pobre como me fuí; él ha caminado hacia el Norte y tornará tan desolado como yo.

Ya entrada la noche, se presentó, en efecto, Gómez y Pérez, haciendo una historia tan triste y dolorosa de su excursión, que parecía la segunda edición, corregida y aumentada, de la que pocos momentos antes había hecho su discípulo.

—¡Ni ricos ni pobres! concluyó: ¡las puertas cerradas por todas partes! ¡Los unos porque no tienen y los otros porque no quieren; todos son igualmente inútiles!

Hizo una breve pausa, y luego continuó alegremente:

—Pero eso sí, no vengo con las manos vacías.

Los jóvenes le miraron con sorpresa.

—Sí, señores, prosiguió el maestro; traigo un pequeño contingente para cubrir los gastos insolutos.

Y echando mano al bolsillo, sacó uno por uno, hasta cuarenta pesos, que en cuatro columnitas de á diez cada una, fué colocando sobre la mesa.

—¿Dónde pudo usted conseguir eso? preguntó Joaquín Meno de asombro.

—¿Qué alma caritativa se los ha prestado? preguntó Berta.

—Nadie, repuso don Teodomiro, á nadie le debo el favor; es dinero que me he procurado por mí mismo.

Joaquín, que conocía las circunstancias apuradas en que vivía siempre el maestro, hizo un gesto de duda.

—Vamos, maestro, repuso, no nos venga usted con bromitas. La historia está buena para quien no le conozca; pero no para nosotros, que sabemos se le puede ahorcar con un cabello.

—No he querido dar á entender, repuso el anciano, que ese corto auxilio salga de mis ahorros, pues no los tengo ni los he tenido nunca; lo que afirmo es que me lo he procurado yo solo, sin recibir favor de nadie.

Berta y Joaquín le miraron con ojos de incredulidad.

—Ustedes saben, siguió Gómez y Pérez, penetrando su pensamiento, que "inorro" la ciencia de engañar, que no soy comediente y que no sé tergiversar las cosas. Un hombre como yo, siempre llama pan al pan y vino al vino. De suerte que

no tengo para qué hacer misterio de lo que he hecho.... Voy á decirlo en dos palabras.... He vendido mi "veolín."

Pronunció el maestro con tal naturalidad aquella frase, que Berta y Joaquín se sintieron aterrados. ¡Cómo! ¿hablaba el maestro de veras? ¿Se refería á su Stradivarius? ¿Había tenido valor para desprenderse de él? ¿Había enajenado aquella preciosidad, aquella alhaja, aquella maravilla, que veía como cosa sagrada, que amaba como á las niñas de sus ojos y era como parte de su ser mismo?

—No, maestro, repuso Sandoval, eso no puede ser. ¡Cómo habría usted de haber hecho eso!

—Como lo oyes, repuso Gómez y Pérez; cuando digo que lo he vendido, es porque lo he vendido.

Los jóvenes hallaron en el rostro y tono del maestro, la confirmación de lo que decía, y de golpe comprendieron cuanto de tierno, generoso y noble encerraba su acto magnánimo. El Stradivarius, genuino ó nó, había sido compañero de Gómez y Pérez durante casi toda su vida: su consuelo, su orgullo, la prenda más valiosa que había caído en sus manos. Cuando hablaba de él, le temblaba la voz, se ponía grave y era invadido por un respeto casi religioso; y cuando lo mostraba á amigos y conocidos, decía de él cosas muy elocuentes, pronunciaba largos discursos

y elevaba la frente con soberbia. Aquel violín había sido testigo de sus pobreza, confidente de sus penas, depositario de sus esperanzas, y fiel amigo en cuyo seno había depositado todas sus quejas. ¿A dónde podía ir privado de aquella fuente de vida, de ese foco de inspiración? ¿Qué haría en adelante sin aquella ilusión que le guiara y sin aquel encanto que le sostuviera? ¿Qué otro objeto precioso, qué otra joya de valor inestimable iría á llenar el hueco que dejaba en su corazón y en el desnudo muro de su alcoba aquel amadísimo instrumento de su alma? Tan humilde acto de desprendimiento, era sencillamente, ni más ni menos, un acto de incomprensible heroísmo; era más que desprendimiento, más que generosidad y heroísmo, era una amputación del propio ser: era como si el pobre viejo se hubiese sacado los ojos ó desgarrado el tímpano auditivo, ó arrancado el corazón con su propia mano, para renunciar á ver, oír y sentir. ¡Y todo por ayudar á sus discípulos con su grano de arena, con su óbolo de mártir, con el gemido de su pecho, con la sangre de sus venas, con el aliento de su propia vida, á salvar su dolor y su insolvencia, sin medir la intensidad del sacrificio, ni curarse del abandono, la tristeza y la soledad en que iba á quedar sumergido!

—¿En cuánto lo vendió? preguntó Joaquín con voz trémula y congojosa.

—En eso, contestó brevemente el anciano, señalando el dinero.

—¡En cuarenta pesos! exclamó Berta aterrada ante lo exíguo de la suma.

—¡Por esa miseria! dijo Joaquín más y más abismado.

—No hubo quien diera más que eso, repuso Gómez y Pérez sin inmutarse; lo hubiera vendido por lo que me hubieran ofrecido. Las cosas valen por los servicios que prestan cuando se les necesita.

No fué posible resistir á la evidencia; don Teodomiro hablaba de veras, había vendido el Stradivarius y se había desprendido de él por cuarenta pesos. Berta y Joaquín conmovidos ante grandeza tan modesta y generosidad tan increíble, no hallaron palabras que pronunciar ni ideas que emitir á la altura de las circunstancias; así que, como movidos por un resorté y obedeciendo un solo impulso, fueron derecho al maestro con los brazos extendidos y los ojos arrasados de lágrimas, y lo estrecharon largamente sobre el corazón. Pero don Teodomiro estaba resuelto á no conmovirse, y, aunque correspondió su abrazo efusivo, continuó aparentando una tranquilidad imperturbable, como si se tratase del hecho más trivial é insignificante del mundo.

—Déjense de niñerías, decía con tono

paternal. No hay que dar "demaseada" importancia á una cosa baladí. ¿No era "asurdo" que yo, siendo tan pobre, tuviese en mi poder un "instrumento" tan valioso como ese? Ya me lo había dicho varias veces á mí mismo; pero por principio de necio egoísmo y orgullo incalificable, no había llegado á resolverme á venderlo. Me había dicho que, al menos, podría ser un recurso precioso para "circunstáneas" extremas, y ya ven como no me he equivocado; acaba de prestarme un gran servicio al permitirme ser útil á ustedes, aunque de modo bien miserable; pero les aseguro que, si mis viejas entrañas valieran algo, me las arrancaría por mí mismo para venderlas y sacarlos del apuro. Por lo demás, al despedirse de mí, me ha dejado el "veolín" la "impresión" de una angélica melodía.

Al hablar de esta suerte, sentía el pobre viejo desgarrado el corazón; pero se empeñaba en no darlo á conocer, y ni un solo músculo de su rostro se contrajo, ni se notó el menor temblor en su acento.

—Maestro, exclamó Sandoval con tono afligido. ¿A dónde ha conducido á usted el afecto que nos profesa? Le hemos servido de pesada carga, hemos sido su sombra negra.

—¡Calla! repuso Gómez y Pérez con exaltación; lo que estás diciendo es insensato. Los remordimientos no deben

ser tuyos, sino míos. Yo soy quien ha sido tu verdugo, yo quien te ha impulsado por el camino del arte sin recompensa, yo quien te ha "inspirado" ese anhelo insaciable de saber y de gloria.... Si te has consagrado á la música con tanta "paseón" y si has aspirado á tanto, ha sido porque te he obligado á ello, formando tu "caráter" según mi albedrío y transmitiéndote mis mismas "anseas" y "aspiraciones." Si no me hubieras conocido, habrías podido vivir pobre é "inorado," pero satisfecho de tu suerte; mientras ahora, por más fracasos que sufras, llevarás en el alma el dolor de una "iluseón" desvanecida y el torcedor de un inextinguible deseo. Pobre de tí, Joaquín, continuó el viejo con acento conmovido, pobre de tí, que sueñas con un cielo de esplendores al que nunca subirás, porque siempre habrá de impedírtelo la mano de la fatalidad.... Si hay alguien culpable de lo que sufres ya y de lo que seguirás sufriendo después, ese soy yo.... ¡Soy yo, Joaquín! ¡Sólo yo, Berta!

—No diga usted eso don Teodomiro, repuso Berta llorando. Usted para nosotros ha sido siempre un protector generoso, una guía sabio, un jefe querido.

—Padraastro deberías llamarme, y sería lo justo, insistió Gómez y Pérez, pues yo soy quien los ha orillado á estas penas, aunque con la mejor intención. Por eso

no deben extrañar les ayude como pueda á salir del paso. Es mi deber, y nada más que mi deber. Es un "misérea" lo que acabo de hacer, para lo que me grita la conciencia.... No saben ustedes de lo que sería capaz para evitarles penas y contratiempos, para colmarlos de dichas y para llevarlos á la cúspide del éxito, de la "glórea" y de la riqueza.

Y enternecido al fin, dejó correr don Teodomiro el llanto que hacía tiempo pugnaba por brotar de sus ojos, hasta el punto de que, cubriéndose el rostro con ambas manos, prorrumpió en viriles y pausados sollozos.

—Pero ¿qué puede hacer un viejo inútil como yo, por más que pugne y se esfuerce? siguió diciendo. Nada más que echar mano de un "veolín" viejo, venderlo al mejor postor y traer á sus "víctimas" ese miserable recurso.

—Más precioso para nosotros que todos los tesoros del mundo, repuso Joaquín.

—Recíbanlo como prenda de mi amor y de mi arrepentimiento, murmuró el viejo con acento de ruego.

Ruido de pasos á la puerta interrumpió de súbito el coloquio. ¿Eran de nuevo los emisarios de los acreedores, que venían á urgir el pago inmediato de las cuentas? Tal vez. El rostro del anciano se serrenó de golpe para que nadie observase

su debilidad, y Berta y Joaquín procuraron también parecer tranquilos; pero en lugar de presentarse los temidos exactors de los "ingleses," fué el grupo de profesores de la orquesta el que apareció en escena, encabezado por Blanco y Torrentera.

—Perdonen, dijo éste al entrar, lo inoportuno de la hora; pero aguardábamos reunirnos, y hasta hace unos momentos quedamos completos. Y como no queríamos retardar la visita, nos resolvimos á venir desde luego, aunque son ya las nueve de la noche.

—Ustedes son y serán siempre bienvenidos á esta su casa, repuso Sandoval algo tranquilizado y con exquisita amabilidad. Berta y yo tenemos gran satisfacción en verlos; pues son nuestros compañeros, y más que compañeros, nuestros amigos.

—¡Llámennos ustedes sus amigos! dijo Blanco.

—¡Sí, amigos, amigos! murmuraron en coro los músicos.

—Admiradores y amigos, agregó Torrentera.

—¡Admiradores y amigos! repitió el coro.

—Estos señores y yo, prosiguió don Pomposo, traemos el objeto, primero y antes que todo, de darles nuestros parabienes por el éxito del concierto, y manifestarles que nos sentimos orgullosos....

—Ustedes nos confunden, murmuró Sandoval.

—No hacemos, replicó Blanco, sino tributarles justicia. Aunque entre nosotros no suele haber gran armonía, en este caso estamos de acuerdo en lo dicho, y venimos á rendir á ustedes los homenajes de nuestra admiración.

—¡Sí! ¡sí! murmuraron los músicos.

Y luego, por movimiento espontáneo, se echaron á gritar:

—¡Viva Berta Cabañas!

—¡Viva! ¡viva! ¡viva!

—¡Viva Joaquín Sandoval!

—¡Vivaaa!

Berta y Joaquín dieron las gracias á sus compañeros con rostro demudado por la emoción y modestas frases impregnadas de cariño, estrechando la mano de todos.

—El segundo objeto que nos trae á esta casa, prosiguió Torrentera dirigiéndose á Joaquín, es el de manifestarles que nos rehusamos en lo absoluto á recibir pago de honorarios.

—¡Bravo! exclamó don Teodomiro palmoteando.

—No, no; eso no es justo, replicó Sandoval protestando. No es justo hagan ustedes el sacrificio.

—No diga sacrificio, repuso Torrentera; sino satisfacción grande é íntima.

—Hay en la orquesta, repuso Sando-

val, personas que no pueden prescindir de la retribución que les corresponde.

—Se había dicho eso en “efeto,” intervinó Gómez y Pérez; pero se ha “reflejeonado” mejor..... Los señores no han perdido más que una noche, y no se quedan más pobres ni más ricos por su bella “acceón.”

—¡Cierto, cierto! murmuraron todos.

Sandoval resistía y no quería dejarse persuadir; pero fueron tales y tan sinceras las instancias de don Pomposo, don Angel y los otros músicos, que comenzó á vacilar.

Don Teodomiro cortó la dificultad por lo sano.

—¡Vamos! dijo, no seas terco, Joaquín. ¿Qué es lo que cada uno de estos señores te ofrece? Una bicoca. Sería ofenderlos negarte por más tiempo. Si no los complaces, van á creer que los desprecias.

—Libreme Dios de ello, repuso el joven con nobleza, pues los quiero de corazón y estimo su generosidad en todo cuanto vale. Sea, pues, como lo desean, y que el cielo se lo pague, ya que Berta y yo no tenemos más que nuestra gratitud para recompensarlos.

Y después de breve pausa, empleada en desanudar la emocionada garganta, continuó, poniendo la diestra sobre el corazón:

—Aquí quedará grabada su generosidad para siempre.

Berta no apartaba el pañuelo de los ojos, hondamente enternecida por el desprendimiento de aquella gente.

—Estas cosas, murmuró sollozando, llegan al trono mismo de Dios.

Conmovidos los músicos ante aquel hermoso cuadro, estrecháronse cariñosamente en torno de Joaquín y su esposa, dándoles repetidas veces las gracias por haber aceptado su homenaje, pero con una emoción tan viva, como si hubiesen sido ellos mismos los favorecidos.

Siguieron luego algunos instantes de conversación cariñosa, durante los cuales se mezclaron fraternalmente los artistas en instrumentos de metal con los dedicados á soplar los de madera, y los tañedores ó frotores de cuerdas, con los que aporreaban aparatos de percusión. Y todo fué contento, satisfacción y armonía mientras duró la visita, la cual terminó con algunos brindis calurosos, después que Berta hubo sacado botellas y copas de la despensa y puesto aquéllas y éstas á la disposición de los artistas.

Cuando estuvieron solos de nuevo don Teodomiro y sus discípulos, dieron éstos rienda suelta á sus sentimientos de gratitud.

—Han hecho bien esos muchachos, repuso gravemente don Teodomiro; estoy

orgullosos de su comportamiento. Los artistas somos pobres de dinero, pero ricos, muy ricos de corazón.

—Dignos discípulos de usted, observó Berta.

—¡Aduladora! repuso el viejo. Como quiera que sea, la situación se despeja. No podemos negar que hay un Dios en el cielo, que protege á sus criaturas. Ya ustedes lo ven: queda suprimida la partida de la música.

—Así es, repuso Sandoval, debido á la increíble abnegación de esos señores... Pero aun quedan en pie las más pesadas: las de la modista, el sastre y el pintor.

—Hagamos "comoposición" de lugar: ¿de cuánto "disponemos" para cubrir todo eso? preguntó don Teodomiro.

—De los cincuenta pesos de mi hucha, repuso Berta.

—Y de los cuarenta que he traído, agregó el maestro, señalando con la mano el dinero dejado sobre la mesa.

—Noventa por todo; no hay ni para empezar, repuso el joven. ¿Qué esperanza tenemos de reunir los setecientos y pico que nos faltan?

—Ninguna, contestó Berta desconcertada.

—En estos casos, dijo don Teodomiro pensativo, hay que echar mano de todo, "absolutamente" de todo, y sin "compa-

seón." Veamos, ¿qué alhaja tienen ustedes buena para empeñar ó vender?

Berta y Joaquín echaron maquinalmente una mirada indagadora por la sala, y los ojos de la joven se iluminaron de repente con un rayo de luz.

—¡El piano! exclamó con júbilo.

—¡El piano! repitió Joaquín. No, eso no; los compraste con tu dinero y no debe responder por mis deudas.

—No es mío, repuso la joven con firmeza, sino tuyo y mío. Todo cuanto me pertenece ó te pertenece, es de los dos.

—Sería indecoroso echar mano de él, prosiguió Sandoval. ¡Sólo eso faltaba! Que, cuando no he podido darte más que pobreza y desdichas, fuese á despojarte de lo único valioso que tienes... Y ¿qué haríamos sin él? Es nuestro compañero, nuestra alegría, la única sonrisa de nuestro hogar.

Don Teodomiro no apartaba los ojos de su discípulo, y le miraba con expresión de doloroso reproche, pareciendo decirle con la mirada: "¿Pues no me he desprendido yo de mi "veolín?" Soy viejo, y vivo solo y sin amores; y no obstante eso, he renunciado á ese mágico y querido talismán, que era el único alivio de mis penas y la única alegría de mi alma. Lo necesitaba tanto como la luz, como el aire, como la fe y la esperanza, y, no obstante, lo he sacrificado sin vacilar, sólo

por amor á ustedes. Y ¡tú, Joaquín, no quieres deshacerte del "peano," cuando tienes á Berta contigo, cuando amas y eres amado, cuando el cielo sonríe sobre tu cabeza; y retrocedes ante un sacrificio mil veces menos duro que el mío!"..... Pero reservó para sí solo aquellas tristes reflexiones y se contentó con objetar.

—No es tiempo de andarse con escrupulos de monja. Berta tiene razón y cumple su deber de buena esposa al ofrecer esa alhaja para el "sacrificio." Ya había pensado yo en ese medio de salvar la "situación."

Joaquín hizo con la cabeza una señal negativa.

—¿Cómo nó? preguntó don Teodomiro impaciente. ¿Niegas que los esposos deban ser abnegados?

—No digo eso, replicó Joaquín; lo que digo es que no acepto la indicación.

—Reflexiónalo bien, prosiguió el maestro. ¿No ves que si ustedes no dan ese paso voluntariamente, lo darán obligados por los acreedores? Ocurrirán éstos á los tribunales, embargarán el "peano" y lo rematarán á vil precio; eso no tiene remedio.

—¡Dios mío! murmuró el joven lleno de angustia. ¿Qué hacer entónces?

—Lo que dice Berta, sencillamente, repuso el maestro. Ni siquiera debes vacilar; la honra antes que todo. Tiempos me-

jores vendrán, porque sois jóvenes, y podréis reponer lo que perdéis ahora.

Sandoval dejó caer la cabeza sobre el pecho y nada objetó ya, indicando con su silencio que capitulaba sin condiciones. Berta, al observarlo, soltó un prolongado suspiro de alivio y de alegría.

—Casualmente, observó con viveza, tengo la seguridad de hallar quien lo compre luego, en condiciones excelentes. Una de mis discípulas, que viene á recibir lecciones á casa, se ha prendado de él, y aun ha traído á su padre varias veces para que lo vea y oiga pulsar. El buen señor, comerciante rico de pueblo que quiere mucho á la niña, me ha hecho repetidas instancias para que se lo venda; y habiéndole contado la historia de su adquisición, me ha dicho que cuando quiera desprenderme de él, estará dispuesto á comprármelo por lo mismo que me costó.

—¡Miren qué casualidad! repuso don Teodomiro; pues hay que aprovecharla.

—Mañana, prosiguió Berta llena de aliento, me levanto temprano y voy á la casa de mi discípula para hablar con su padre. Estoy segura de que el negocio quedará hecho en un santiamén, y saldremos de apuros. ¡Dios sea bendito! Pagar ¡qué alegría! ¡Qué gusto puede haber más grande que pagar lo que se debe?

Joaquín ocninuaba silencioso. En aquellos momentos de suprema angustia, sen-

tía que el mundo se desplomaba sobre su cabeza, no oía más que voces confusas, y no veía en torno más que sombras. Don Teodomiro y Berta, comprendiendo la lucha dolorosa que en su interior libraba con la necesidad y la desesperación, procuraban serenarlo.

—¡Arriba! decía el maestro sacudiéndole los brazos. No te amilanes por tan poco; no todos los tiempos son unos.

Sandoval meneaba tristemente la cabeza.

—Joaquín, murmuró Berta con infinita dulzura, tomando asiento junto á él y apartando con sus blancas manos el revuelto y negro pelo que había caído sobre la frente del joven; se va el piano, pero yo no me voy. ¿No te basta mi compañía?

Al eco de aquellas palabras y al contacto de aquella tierna caricia, Joaquín se estremeció emocionado, y apoderándose de la diestra de la joven, la estrechó contra el corazón y la besó tierna y largamente.

—Eres mi luz, mi vida, mi todo, murmuró; lo has sido siempre y lo serás hasta que me muera. Dios te bendiga por bella, buena y cariñosa.

Y al terminar la frase, la envolvió en una mirada de afecto tan hondo y de gratitud tan intensa, que la joven se sintió triunfante sobre la tristeza y el abatimiento de Joaquín; y hubiera dado todos los

pianos del mundo, á haberlos tenido, por volver á recoger de los ojos de su amado, otra mirada tan dulce y luminosa como aquella.

La tarde del siguiente día, vino, en efecto, el comerciante á la casa de Berta, á terminar el contrato que había sido aplazado por la mañana. Puso en manos de la joven el precio convenido, y ésta hizo con gracia y buen humor la entrega del querido y precioso instrumento. Joaquín no tuvo fuerzas para presenciarlo; pero oyó desde la pieza contigua, el trágico de la mudanza. Y tanto por las voces y pasos recatados que resonaban en la sala, como por la forma del piano de cola, que percibió al través de los cristales, tuvo la impresión de que aquella maniobra era la de la extracción de un ataúd dentro del cual iban encerradas su juventud y sus ilusiones. Dominado por idea tan dolorosa, se sentó desolado en un rincón, y, puestos los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, se echó á llorar como un niño.

Berta, entretanto, se ocupaba en dar un nuevo arreglo á las sillas del saloncito para llenar el hueco que el piano había dejado contra el muro, y, sospechando que Joaquín estaba tristísimo, y había oído cuanto pasaba, gorgeara sin cesar, talareando alegres canciones con su fres-

ca voz de calandria, para mostrar contento y levantar el ánimo de su esposo, sin que éste sospechase su intención.

VI

Un desquite y un adiós

Don Teodomiro tenía buenos amigos en Méjico, á donde había ido con frecuencia, unas veces por mero placer, y llamado otras para tomar parte en grandes solemnidades musicales. Desde la representación de la "Ildegonda" y el "Gino Corsini" del maestro Morales, había recibido el arte mejicano un gran impulso; y sus más ardientes cultivadores se habían reunido en asociación permanente para fomentarlo, desarrollarlo y hacerlo florecer. El joven autor de aquellas obras aplaudidísimas acababa de volver de un dilatado viaje por Italia; venía lleno de conocimientos, de inspiración y de fe, y ardiendo en deseos de impartir todo eso á las nuevas generaciones. De aquel movimiento espontáneo y entusiasta, nació la creación del Conservatorio Nacional de Música, que no tardó en tener casa propia, pues le fué cedido por Juárez el edificio de la antigua Universidad. Una

vez adquirido el local, fué preciso adaptarlo á su objeto. De ello se encargó el ingeniero don Antonio García Cubas, honra de la ciencia y de las letras mejicanas, y uno de los más celosos dilettanti de la música, quien improvisó en el vetusto edificio, un hermoso teatro con excelentes condiciones acústicas. Así comenzaron bien pronto las audiciones vocales é instrumentales del nuevo plantel á despertar el estímulo público.

Al organizarse los servicios del Conservatorio, fundáronse clases de composición y armonía, no conocidas antes en nuestro país, y de las que fué introductor el mismo Morales. Los innovadores, resueltos á aprovechar en favor de su idea todos los buenos elementos de la República, entraron en correspondencia desde luego con los más notables músicos del país, y entre otros, con el Sr. Gómez y Pérez, á cuyo mérito hacían la debida justicia; y solicitaron de él con instancia, cooperación inmediata para el desempeño de alguna de las asignaturas del programa de estudios. ¡Quién más digno y apto que él para aquella labor fecundísima! Su brillante y honrosa carrera, su dilatada experiencia en el magisterio y su pasión nunca desmentida por el arte, le hacían acreedor de toda justicia á aquella tan honrosa distinción. "Venga usted, le decía Morales en una hermosa carta autógrafa que